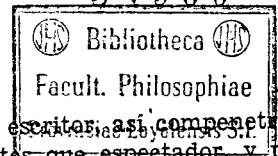


# THEORIA

CUADERNO TRIMESTRAL DE TEORIA, HISTORIA Y FUNDAMENTOS DE LA CIENCIA  
SUPLEMENTO DE «ALCALA» — DIRECTOR: MIGUEL SANCHEZ-MAZAS — APARTADO 1159. MADRID

HISTORIA, CIENCIA, FILOSOFIA

Por JULIO REY PASTOR



LOS creadores de esta Revista, que muchos ansiábamos, han puesto el dedo en la llaga de nuestra cultura actual, haciendo a la vez diagnosis, prognosis y receta para mitigar el mal. Que no es sino exceso de salud, crecimiento exuberante, plétora de sabiduría, en cuyo amontonamiento confuso hay que establecer un orden jerárquico, una alineación, en suma: una teoría.

Faena propia de la Filosofía es ésta, según dicen sus sacerdotes, y dicen bien. ¿Pero acaso es otra la tarea diaria de la Ciencia, que se afana en acumular hechos externos y en inventar estructuras abstractas, para después ordenarlas en teoría? Y si descendemos a la calle, ¿qué otra cosa hace la multitud curiosa ante los maltrechos vehículos de la acaecida colisión, sino reconstruir mentalmente el hecho y explicarse lógicamente sus pormenores? Ni refinamiento intelectual ni rara virtud de selectos; es más bien necesidad primaria esa sed de orden que impele a los humanos a colocar cosas y hechos en hilera de antecedentes y consecuentes, es decir, en teoría; porque eso, y nada más que eso, significa esta egregia palabra.

A la Historia de la Ciencia, que es Filosofía retrospectiva y no simple recuento de hechos y de métodos, y también a la Filosofía de la Ciencia, que es teoría de teorías, dedicará la Revista sus páginas, y bueno será iniciarlas proyectando un rayo de luz para aclarar conceptos y deslindar posiciones, poniendo un poco de orden en el material que ha de nutrir las, es decir, haciendo un poco de teoría, a modo de preliminar.

\* \* \*

Historiógrafos y filósofos de la Historia (tal, entre muchos, el fogoso Croce) proclaman la necesidad de sentir y vivir la época historiada para hacer

obra digna y vital; el escritor, así como penetrado de su papel, es actor antes que espectador, y puestas en tensión todas las cuerdas del sentimiento, el panorama histórico, a través de un noble temperamento, se hace obra de arte, como el paisaje adquiere vida trasladado al lienzo por quien es capaz de interpretarlo y sentirlo. Todo lector de mediana sensibilidad artística recordará la primera emoción inefable que le produjo una gran obra de Historia Universal o patria, y también cabe dramatismo y emoción en la Historia de la Ciencia y de sus héroes. Escribanse obras tales y pónganse en manos de la juventud, para despertar en ella nobles sentimientos por la contagiosa virtud del ejemplo; poco importa que los hechos relatados difieran de los acaecidos; el arte histórico, como el pictórico, estiliza y deforman la realidad, y por eso son artes; pídanseles belleza y emoción, pero no veracidad ni exactitud.

También emociona la contemplación de los fenómenos físicos y biológicos, y los temperamentos más sensibles a esa belleza cósmica la hacen poesía. Bienvenidas sean las obras a lo Flammarion o Echegaray para estimular aficiones a la Astronomía y a la Física, pero librenos Dios de adoptarlas como textos para quienes aspiren a conocer el mecanismo celeste o a estudiar Electrotecnia, pues para ello se requiere precisamente lo que en aquellas falta: orden lógico y demostración de todas las afirmaciones estampadas. Parecería absurdo para tales fines que cada autor diese rienda suelta a su imaginación, para transmitir, con vistas al examen, su interpretación personal de las órbitas planetarias, trasfiguradas como le gustarian más; pero en cambio parece a muchos razonable, y aun obligatorio, que un historiador, si es buen español, afirme que Nebrija "midió un grado de meridiano terrestre" y Santa

NUMERO UNO - MADRID, 15 DE ABRIL DE 1952 - SIETE PESETAS

X

2

Cruz "llevó a la perfección el estudio del magnetismo e inventó las cartas esféricas"; que Rocha "inventó la teoría de las igualaciones" (es decir, el Álgebra) y mil paparruchas más, que todavía se transmiten de libro a libro, no corregidas, pero sí aumentadas.

La Historia del descubrimiento de América es el campo deportivo preferido para estos patrióticos torneos de la imaginación entre españoles, italianos, portugueses y aun tudescos. Docenas de libros escolares italianos relatan a su modo la repulsa al plan de Colón por los sabios de Salamanca, patéticamente representada en el famoso cuadro de Barabino, siempre exhibido en las exposiciones colombinas, y el autor de estas líneas tuvo el humor de seguir la pista al infundio creciente, que rodando como bola de nieve de uno a otro libro, alcanzó en uno de ellos volumen definitivo con la minuciosa reseña de la solemne sesión que aquel cuadro simboliza. La exposición del proyecto de "navegar al Oriente por Occidente", las desatinadas objeciones de los ignorantes teólogos y las nuevas razones del vidente son reproducidas puntualmente entre comillas como versión taquigráfica. No llegaron a tanto nuestros historiadores del centenario; pero ya se insinúa entre los modernos la nueva versión: los sabios salmantinos rechazaron la respuesta colombina porque revelaba ignorancia de las dimensiones del globo, que ellos conocían mejor. Lanzada la idea no faltará quien la mejore hasta llegar a la minuciosa reseña, con signo opuesto a la italiana, que los buenos españoles desean. Loada sea la buena intención, pero nada ganará el crédito de nuestros historiadores imitando a los italianos del noventa y dos. Lo único honesto es confesar que no se sabe absolutamente nada de aquella junta de Salamanca, si es que la hubo. Cabe, sí, analizar las ideas de los cosmógrafos finiseculares, que quizá consultaron los Reyes, medir su grado de cultura e inducir la naturaleza de sus probables dictámenes; pero esto exige rebuscar documentos y estudiarlos en parangón con las obras vigentes en su tiempo, labor prolija que nadie ha hecho; lo demás es mala e infecunda literatura.

Con encomio hemos hablado del arte histórico, puesto a la par del pictórico; pero la Historia que nos enseñaron en remotos años, y que apenas ha cambiado esencialmente, nada tiene de arte ni de Ciencia; al artista que interpreta con originalidad el paisaje histórico sustituye el mediano fotógrafo que pretende reproducirlo con exactitud, eligiendo entre las viejas historias los asertos que más le gustan o mejor cuadran para apoyar su tesis previa, descendiendo así de su sitial de juez imparcial al escaño de abogado defensor; dando por cierto cuanto favorezca su misión y silenciando cuanto la perjudique.

Para que esa Historia del viejo estilo merezca el nombre de Ciencia, poco se gana con agregarle copiosas listas de libros y memorias que el autor no leyó, inaccesibles casi siempre para él y para sus lectores; ni es suficiente repetir conclusiones logradas por la crítica moderna, cada día más rigurosa; ni basta emitir infundios y leyendas sin verosimilitud; es condición ineludible que cada afirmación

o negación vaya seguida de su prueba correspondiente, como en cualquier disciplina científica—sea prueba documental o de autoridad—, y así sabrá el lector el peso de veracidad que a cada aserción debe atribuirse y destacará netamente la parte original de interpretación que el autor aporta con su obra, cuando tal originalidad exista. A través de la cadena sin fin de afirmaciones injustificadas, que ruedan como cantos erráticos de uno a otro libro, desfigurándose en cada tránsito, ¿quién podría remontarse hasta descubrir el autor de un infundio, elevado a la categoría de hecho histórico por la simple virtud de su repetición?

En oposición a esa Historiografía, vieja raposa que va borrando con la cola sus huellas, hay que propugnar una disciplina, no ya *more geometrico*, pero sí de estilo científico, y de ese tipo deseáramos que fueran los trabajos sobre Historia de la Ciencia publicados en estas páginas.

\* \* \*

Si la Filosofía fuera, como se pretende, la rectora y guía de la Ciencia, debería calificarse de carrera desenfrenada, sin rumbo ni finalidad, la imponente avalancha de teorías y conocimientos físicos, que desde fines del pasado siglo ha desbordado impetuosa los estrechos cuadros en que intentaron encerrar todo el saber *general* los llamados por antonomasia "grandes pensadores"; denominación reminiscente que permite adornarse con el título de pensador a cualquier minúsculo autor de inconsistente tesis doctoral, negándolo en cambio a los Hilbert, Minkowski, Planck, Einstein, Heisenberg... porque su saber admirable, pero con admiración de segundo grado, es *particular*.

Bien es cierto que la réplica de los científicos (no reproducible aquí sin transgredir el código de la urbanidad) es tan excesiva como aquella pretensión, y a este triste final, no ya de distanciamiento, sino de belicidad, nos ha conducido la genial pero desorbitada Filosofía de los románticos alemanes, que al superar en la dirección idealista a su egregio compatriota, el conciliador filósofo de las soluciones intermedias, rompieron la feliz armonía de los dos órdenes de saber, que él dominó por igual.

El joven obrero de la Ciencia que ansioso de luz y consciente de su responsabilidad escruta el horizonte filosófico, inquiriendo respuestas a los interrogantes primeros y últimos que su profesión le plantea, sólo encuentra en derredor los flotantes despojos del naufragio de los grandes sistemas, que se hundieron en el insondable olvido. Del otrora pujante tomismo, rector de las mentes medievales, le exhibirán sus fervorosos epigonos algunas bellas frases, todavía vigentes, que dichas en latín adquieren concisión expresiva, pero no el vigor de novedad que la joven Ciencia exige y necesita; del fenecido empirismo inglés, que siempre estuvo en pugna con el hecho de la Matemática, verá miembros dispersos, con parches y rotulaciones nuevas, que no le inyectan vida; el kantismo, con todos sus herederos noventa y dos, pasó también a mejor vida, víctima de la Ciencia que le dió el ser; ¿y para qué dilatar el censo de los sistemas muertos? Sobreviven solamente los eternos problemas que los griegos formularon, pero

ninguna de sus pretendidas soluciones; y el decepcionado físico y biólogo sólo encuentra una pujante Lógica, prolongación de la Matemática o integrante de ella, una voluminosa Psicología, ya emancipada como Ciencia, más fértil en métodos que en leyes y resultados; y como única Metafísica (porque también lo es, aunque el positivismo repudie la ofensiva palabra) la ausencia y negación de toda Metafísica.

En lugar de los ambiciosos sistemas universales de antaño, se habla hogaño de círculos locales (varias ciudades tienen el suyo) y dentro de cada cenáculo hay variantes de uno a otro corifeo; pero el aglutinante que une todos estos fragmentos del viejo positivismo comtiano y spenceriano, bajo la variedad de sus denominaciones, es la negación y befa de toda Metafísica; aunque, en verdad, como el famoso gentilhombre, la hacen sin saberlo.

Y, sin embargo, pese a tal disgregación atómica de las antes vigorosas Filosofías, la Ciencia progresa como nunca; porque encontró su camino y persiste en él con autosuficiencia, renunciando a decirnos lo que es la realidad, pero tejiendo su inacabable tela de símbolos, isomorfa con ella. Ya surgirá el filósofo que nos clasifique ese tipo de verdad suministrado por la Ciencia actual y nos explique de algún modo ese misterioso paralelismo con la maraña de símbolos, inteligibles pero no intuibles, como lo eran los números y figuras de Galileo; el pensador que eleve al plano filosófico el cronótopo de Minkowski, como Kant jerarquizó el espacio y tiempo absolutos de Newton.

La explicación filosófica es posterior a la Ciencia, como también lo son las aplicaciones técnicas, que la miopía de Bacon y de Comte veía en primer plano. Ciertamente no se precisa gran erudición histórica para aducir ejemplos de teorías científicas nacidas por el estímulo de un problema técnico; y los tratados de Historia de la Filosofía mencionan como único ejemplo de descubrimiento físico promovido por una idea emanante de un sistema filosófico, el muy fundamental de Oersted, que investigó el influjo de una corriente eléctrica sobre la aguja iman-

tada, después de haber oído disertar a Schelling sobre la unidad de las fuerzas naturales. Concedido que así sea, tales excepciones vienen a confirmar la regla general; pero además ocurre preguntar: ¿qué físico necesita recurrir a la Filosofía teológica del absoluto, elaborada por el místico Schelling, teólogo e hijo de teólogo, para realizar experimentos análogos? Y si acaso intentase penetrar en el nebuloso recinto ¿lograría poner algo en claro? Es seguro que toda mente educada en cualquier disciplina científica aceptará (quizá con sentido irónico) la condena de su incapacidad, dictada por el filósofo Busse: "El principio originario es lo absoluto, que sólo podemos percibir por una intuición intelectual, de que sólo es capaz el filósofo".

Esa búsqueda de conexiones entre orbes distintos es tarea cotidiana de todo investigador, y la trascendencia de la relación encontrada, si tal es su fortuna, es proporcional a la distancia entre ambos mundos conceptuales. Porque la caída de la legendaria manzana en nada se parece al curso de los astros, ascendió Newton a la cumbre máxima de la fama, al relacionar y unificar entrambos fenómenos dispares bajo el denominador común de la gravitación; y en escala más modesta realiza algo análogo todo investigador, a sabiendas de que la Ciencia, en último análisis, no es sino "el arte de dar el mismo nombre a cosas de apariencia diferente".

Este afán de unificación, esta ansia teórica, es la fuerza vital de la Ciencia y la razón de su existencia, ajena a todo sistema filosófico; pero ¿se concibe, inversamente, una Teoría del Conocimiento, cualquiera que sea su matiz, indiferente al cuadro de conocimientos de su época, es decir, ignorante de la Ciencia coetánea?

Para los filósofos de toda filiación que realicen ese tremendo esfuerzo de información científica y para los especialistas de cultura filosófica e histórica están abiertas las páginas de esta Revista; para todos, en fin, los que imiten al maestro Pedro Medina, tráfuga de la Mística a la Náutica: "determiné entrar en la mar para ver lo que avía de escribir".

